

AD 24817

MANUEL MOLINA

MAR DEL MIEDO



Madrid - Palma de Mallorca

MCMLXII

Mar del miedo

I

Me declaro culpable.
De buena fe pequé por ignorancia,
por creer en los hombres de mi pueblo
cuando hablaban de paz y de justicia.

Creí que la verdad de cada uno
era verdad de Dios,
y por lo tanto
había que aceptarla sin remedio.

Confié en las palabras.
Anduve por la tierra desarmado
respirando tranquilo ante la furia.
Nadie advirtió mis buenas intenciones.

Anduve absorto y mudo por el tráfago
de multitud de calles subrayadas
por ojos de cristal multicolores,
por señales de mando imperativo.

Con embriaguez de espacio sin el tiempo
gocé de mis ausencias reflejadas
en el fugaz espejo de las gentes
sedientas de beberse las aceras.

De «PAPELES DE SON ARMADANS», n.º LXXV. Junio de 1962.

*Tirada aparte de cincuenta
ejemplares numerados.*

Ej. n.º **5**

Me detuve en las amplias avenidas
por donde el río rueda a más locura,
a contemplar los árboles lejanos
dorando al sol sus hojas de ceniza.

Era mi isla paz en torbellino
de relucientes lunas esmaltadas
con todas las lujurias de los lujos,
que encienden los faroles de la envidia.

Era mi corazón como un remanso
en medio de una guerra de apetitos,
de vendedores secos como autómatas
o doncellas desnudas bajo velos.

Un aroma de vicio se expandía
por el aire menudo del ambiente,
y de los muelles nidos de metales
un sabor a pecado sin motivo.

Se palpaba la fiebre conseguida
a fuerza de artificios combinados
con el tedio absoluto de la sangre
que no tiene una urgencia de verdades.

Era en verdad un milagro ver el cielo
tan sereno allá arriba y tan manso
como la luz del sol que reflejaba
la vejez prematura de la urbe.

Yo andaba —como digo— muy despacio,
encantado de ver la olla hirviente
de este mundo menor que me envolvía
como la llama roja de un incendio.

Yo recordaba el campo de mi infancia,
el vello azul-celeste de los trigos
a poco de nacer, la tierra blanda
señalando mis pasos cada día.

Yo recordaba aquel perfume vivo
del monte vegetal que se iba abriendo
a fuerza de sudor, pólvora y pico,
para el camino aquel entre dos pueblos.

Nunca pensé que pudo ser pecado
pasar por este mundo sin malicia.
Mas si esto es delito
me declaro culpable.

II

Tuvo miedo, Señor, desde pequeño.
Miedo al dolor, al prójimo, al vecino;
al diario rodar de las edades.

Le dañaban las sombras, las esquinas,
las paredes desnudas de la tarde
cuando el sol reflejaba el agua muda.

Le asombraban las puertas, las ventanas
y esas cortinas que se quedan quietas
cuando suenan despacio las campanas.

Pasaba los pasillos con cuidado,
esperando encontrar a cada paso
la mano que cerrara su camino.

El Instituto entero le atraía
como un imán de pájaros veloces
que fueran sobre el mar, al paraíso.

Amaba a un profesor de Geografía
que tenía una voz de terciopelo
con un perfume igual a una caricia.

Pronto cesó la luna de la infancia
y vino aquel rodar de las raíces
por el campo reseco del trabajo.

Se endurecía el sol sobre la espiga
y el viento levantaba una marea
de polvo que cerraba el horizonte.

(Las plumas, los papeles, las pizarras
se borraban del mapa de este niño
para siempre jamás, mientras viviese.)

Estaba allí la piedra levantada,
estaba allí la pólvora y el hierro
y también el sudor como una estatua.

Luego la guerra, la emoción de muerte
que cercaba los campos y los pueblos
por todos los rincones de la angustia.

Los árboles caían de rodillas
al pie de los cañones embriagados
por un vino de fuego enloquecido.

Otra vez, era el miedo, una montaña
a punto de caer sobre los hombros
de aquellos que se hundían en la tierra.

(Se cruzaron las vidas y los ríos
con la sangre final de una jornada,
y una estación sin tren y un puente roto
y un volcán con el humo a media asta.)

Después la paz, la tierra fatigada
de parir y parir tanta cosecha
para nutrir los cuerpos derrotados.

Regresaron los álamos al río,
los pájaros al sol de la mañana
y el sabor a su fruto verdadero.

Llegaron los jardines y los niños
a ponerle al paisaje la ternura
que necesita el mundo de los vivos.

También llegó el otoño de las hojas
a repetir la historia cotidiana
para siempre jamás, mientras se vive.

MANUEL MOLINA

*Garilaso, 6, 3.º
Alicante.*